

SARANACE

REVISTA DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA -

*PLUTARCO CISNEROS A.,
Director General del IOA*

*CARLOS BENAVIDES VEGA
Coordinador General*

*JULIO 1977
Año 3 Número 1*

FOTO COMPOSICION: Lucía Loza

TITULARES: Hernán Román

*IMPRESION : Alfonso Almendáriz
Armando Perugachi*

Los artículos que publica esta revista son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no traducen necesariamente el pensamiento de la Entidad. Se solicita canje con publicaciones similares. Dirección: Casilla Postal 1478. Teléfono 321. Otavalo - Ecuador.

CONTENIDO

Página

- 3 EDITORIAL
Emilio Bonifaz S.
- 5 ORIGEN DEL HOMBRE ECUATORIANO
José Berenguer R.
Fernando Plaza S.
REVISION Y CRITICA DE LA TERMINOLOGIA RELACIONADA CON LA CULTURA TIWANAKU EN EL AMBITO ANDINO
- 15
- Celso Lara F.*
ALGUNAS CONSIDERACIONES METODOLOGICAS SOBRE LA APLICACION DEL FOLKLORE A LOS ESTUDIOS HISTORICOS
- 28
- Víctor A. Jaramillo*
ARTESANIA LITICA PRECOLOMBINA
IMBABUREÑA
- 46
- Juan Freile G.*
55 OTAVALO EN BOLIVAR
- Severo Rivadeneira*
Yuri Zubritski
ALGUNAS CONSIDERACIONES DE CAMPO EN TORNO A UN GRUPO INDIGENA QUECHUA MITIMAE
- 58
- Horacio Larrain B.*
Cruz Pardo D.
APUNTES PARA UN ESTUDIO DE LA POBLACION DEL CORREGIMIENTO DE OTAVALO A FINES DEL SIGLO XVI
- 63
- 96 VIDA INSTITUCIONAL

SARANCE, Instituto Otavaleño de Antropología
 Año 3 - Número 1 (Junio 1977)
 Otavalo - Ecuador

Víctor A. Jaramillo

Artesanía Lítica Precolombina Imbabureña

Robert E. Bell encontró en El Inga, a 21 kilómetros al oriente de la ciudad de Quito, testimonios irrefutables de la presencia en aquel sitio de grupos humanos que elaboraban instrumentos de piedra y obsidiana, muy primitivos.

Decenas de millares de piezas de tipología marcadamente paleoindia, tanto de basalto como de obsidiana, se han levantado, con fines de estudio, de aquel campamento de cazadores-recolectores.

Bell y sus compañeros de trabajo, entre los cuales debemos señalar la presencia de la señora María Angélica Carlucci de Santiana, en representación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, llegaron a establecer en El Inga, por los hallazgos verificados, como consecuencia de una prolija investigación científica, tres niveles de ocupación, denominados Inga I, Inga II e Inga III que, en conjunto, cubren más o menos 5000 años, esto es, desde el año 7000 hasta el 2000 a. de C.

Los objetos de obsidiana, andesita, pedernal o sílex, rocas ígneas extrusivas, etc., hallados en los pozos de observación y en los diferentes bloques estratigráficos de El Inga, han sido clasificados en puntas de proyectiles, cuchillos, raspadores, buriles, cortadores y perforadores de diferente tipología.

Un número relativamente pequeño de utensillos se levantaron del sitio íntegros, en tanto muy cerca de 8.000 piezas se hallaron rotos o constituyeron material de desperdicio, especialmente nódulos y lascas de obsidiana. Las herramientas elaboradas de este material

son abundantísimas en las provincias noroñas del Ecuador, Pichincha, Imbabura y Carchi, particular que demuestra la generalización del empleo del vidrio volcánico no sólo en el dilatado paleoindio, sino a través de todas las culturas prehistóricas que se han sucedido en dicha región.

Con sólo hacer un reconocimiento de superficie en el valle de Cayambe y en los alrededores inmediatos del nevado del mismo nombre, se pueden acumular millares de lascas que se utilizaron como raederas, cuchillos y navajas; en menor número se encuentran también puntas prismáticas, verdaderos buriles que debieron haberse utilizado para perforar y grabar, en piedra, concha, madera, cuero, huesos, astas de venados y aún en metales, por la dureza del material y la facilidad con que se reemplazaban con nuevas las herramientas desgastadas o deterioradas por el uso.

De obsidiana se elaboraron también hermosas puntas de lanza y de flecha, así como espejos circulares, ovalados, rectangulares, etc., diademas, colgantes y, en general, dijes de precioso acabado, que tan apreciados son por los coleccionistas de antigüedades artísticas y que en muy alta estimación se las tiene en los museos arqueológicos.

El extraordinario venero arqueológico de El Inga, ya ampliamente conocido en el mundo científico, luego de los estudios minuciosos y precisos del Dr. Bell y sus colaboradores, nos ofrece un amplio panorama cultural paleoindio del norte de la serranía del Ecuador, anterior en miles de años al Formativo agrícola.

Entre los hallazgos del mencionado sector, huelga destacar las puntas de proyectil de Cola de Pez, muy semejantes a las del nivel I de la Cueva Fell en el sur de Chile, con la única diferencia que algunas de las puntas de El Inga son acanaladas, y las patagonas de la Cueva Fell no. La fecha señalada por el carbono 14 para la punta más antigua de El Inga, según dato de Bell, es de 7080 años a. de C., esto es, un artefacto del paleoindio cultural, en plenitud.

"El total del conjunto -afirma Bell- tiene el sabor de una primitiva industria lítica, en la cual la economía básica era la caza. La presencia de puntas acanaladas, adelgazamiento en la base, pulimiento del filo de la espiga, grandes raspadores planoconvexos, cuchillos de dos caras, perforadores, buriles, y la falta de pulimiento de la piedra, todo esto indica una antigüedad semejante a la de los horizontes paleoindios de la América del Norte. Las fechas por el radiocarbono de El Inga tienden, en parte, a apoyar este punto de vista, si bien las comparaciones con otros materiales de la América del Sur cuyas fechas se han determinado, indican que las fechas de El Inga son demasiado recientes" (1).

Los valiosos hallazgos culturales de El Inga no anulan sino más bien amplían los estudios verificados anteriormente por varios investigadores de las etnias que se asentaron en tiempos remotísimos en nuestro país y constituyen la base de la nacionalidad ecuatoriana.

(1) Investigaciones arqueológicas.- Casa de la Cultura Ecuatoriana.- Quito - 1965.

Entre las personalidades que se han dedicado a ver con sus ojos al mundo primitivo, unas veces verificando concienzudamente trabajos de campo, en tal o cual estación transitoria de cazadores - recolectores, y otras, mediante visitas a colecciones y museos que en los últimos años se han multiplicado en todas las provincias del Ecuador, debemos mencionar al Dr. Antonio Santiana y a la señora María Angélica Carlucci. Los dos trabajaron, muchas veces, con interés común, en los fondos escondidos e incitantes de la arqueología y en las indagaciones de la antropología física; juntos recorrieron el país, para conocerlo bien y ganar en experiencias dentro de sus respectivas especializaciones: de Antropología física, el Dr. Santiana, y de Arqueología, la señora Carlucci, habiendo enriquecido cada uno de ellos la bibliografía científica ecuatoriana.

Entre las publicaciones de los mencionados científicos, precedió con cinco años a la aparición de "Investigaciones Arqueológicas" del Dr. Bell, un estudio de la señora Carlucci intitulado "Industria de la Piedra Tallada", trabajo que denuncia un espíritu investigador, todo un saber acumulado, organizado y personalizado, que mereció ser impreso por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en 1960, bajo los auspicios del Plan Piloto del Ecuador.

Gracias a estas investigaciones ya se conocía entre los estudiosos de las Ciencias del Hombre, de la existencia de un buen número de armas y de herramientas, especialmente de obsidiana, más también de piedra, características del hombre prehistórico en los primeros estadios de la cultura, con una detallada clasifi-

cación de formas, técnicas de elaboración y usos o empleo, que bien podría decirse le pertenece por entero a la distinguida autora del estudio. Más también la señora Carlucci respaldó su capacidad investigativa y la fuerza vital de su interés por hacer un trabajo de acuciada originalidad, gracias a la colaboración de varios hombres de cultura, doctos en estas disciplinas tales como D. Carlos Manuel Larrea, Monseñor Silvio Luis Haro Alvear, Monseñor Elías Liborio Madera, Padre Pedro I. Porrás, señor César Vásquez Fuller. Colaboró modestamente el suscrito que, por entonces, finales de la década de los sesenta, había reunido ya una apreciable muestra de la industria lítica imbabureña. Las piezas estudiadas por la señora Carlucci fueron halladas, casi en su totalidad, "en la superficie del suelo, en la corteza cultivable y blanda", junto a cerámicas "cuyo grado de asociación, vale decir contemporaneidad, queda por averiguar".

La aseveración es verdadera, pero no se puede dudar que si bien muchas de esas piezas fueron elaboradas contemporáneamente con la cerámica del Formativo, por lo menos alguna parte de los utensillos estudiados constituye un testimonio de la cultura incipiente de los cazadores del paleoindio, verdadero tesoro de su patrimonio artesanal, que ~~se~~ ~~echaron~~ ~~tirado~~ en el suelo o dejaron ligeramente recubierto por películas de tierra. La erosión de las capas superficiales causadas por vientos y lluvias, especialmente en los declives orográficos que tan vasta superficie cubre en la región, desnuda los suelos y, consecuentemente, resaltan los restos de la industria lítica más primitiva. Quien re-

corra las faldas del Imbabura, del Cubilche, del Cusín, del Mojanda, del Cayambe, del Saraurco y su prolongación de Filocorrales hasta el Antisana, las encuentra virtualmente alfombradas de piezas de obsidiana, algunas de las cuales tienen la tipología de herramientas, son pruebas irrefutables de la aplicación del hombre al trabajo, en el más incipiente nivel de cultura, y las más constituyen retazos y desperdicios de este vidrio volcánico que no se desconcha jamás y que, por esta particularidad, ha permanecido inalterable a los estragos que el tiempo produce sobre todas las cosas.

En el frente opuesto de las provincias de Imbabura y Pichincha, es decir, hacia el lado occidental, la densidad es menor, por lo menos en lo que puede apreciarse sobre la superficie de los terrenos, y en lo que dice relación con los yacimientos, habría que apuntar cuidadosamente lo que entregan las excavaciones.

Mi experiencia de campo me enseña que los talleres líticos estuvieron concentrados en la región de Cayambe, relativamente próximos a las riquísimas canteras del Saraurco y a los torrentes de obsidiana de esta misma montaña y del Antisana.

Reiss, Stübel y Wolf, en el último tercio del siglo pasado, repararon en la riqueza extraordinaria de rocas del Antisana y de todo el tramo de la cordillera Central de los Andes, comprendido entre los nevados Antisana y Cayambe; pero es Wolf el geólogo quien estudió con mayor detención las corrientes de lava, compuestos de materiales hialinos y semihialinos, "es decir, de obsidiana, perlita y piedra

pómez", indicando que "la obsidiana más hermosa se encuentra en el Guamaní, en el cerro que llaman Filocorrales, que sirvió en la antigüedad a los indios para la fabricación de muchos instrumentos y utensilios (como lo usaron también los indios de México". En todo el país interandino se encuentran puntas de flecha, cuchillos y fragmentos de este mineral, que los indios llaman ayacollqui, es decir, plata de los muertos". (2).

El subsuelo de Cayambe es un gigantesco museo, o más bien dicho una abastecida proveduría de la cual se han obtenido decenas de millares de objetos de piedra, desde el guijarro elementalmente cortado o tallado en uno de sus extremos, el artefacto hermoso, esmeradamente pulido. La piedra está asociada en los distintos veneros a ceramios y también a sencillas esculturas de hueso, y a orfebrería de cobre, tumbaga y oro; a conchas y caracoles marinos grabados y perforados; a tejidos de lana y algodón, a espartos, y, naturalmente, a herramientas simples y artefactos suntuarios de obsidiana.

No obstante la implacable demolición de las tolas y la continua remoción del subsuelo, en los alrededores inmediatos y mediatos de la ciudad de Cayambe, para la fabricación de ladrillos, y debido a la actividad agrícola en el decurso de centenares de años, todavía los talleres y fondos sepulcrales de la zona abren su

(2) Teodoro Wolf.- Geología y Geografía del Ecuador - Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana - Quito - 1975.

próvido seno y siguen entregando millares de piezas, especialmente líticas, en variedad de formas. Esas piedras y los cacharros que comúnmente le acompañan, como también los restos paleontológicos, debidamente recogidos y sometidos a análisis de laboratorios, nos dan el tiempo, permitiendo así que del polvo salga la historia más remota de los pueblos que se asentaron, hace millares de años, en feraces tierras, bajo los maravillosos horizontes de las provincias de Imbabura y Pichincha.

Entre los arqueólogos ecuatorianos a quienes se debe algún descubrimiento de estaciones o talleres de piedra tallada, cuenta el profesor Carlos Zevallos Menéndez. Los halló en la costa de la provincia del Guayas. También el Dr. Francisco Huerta Rendón encontró en Sinchal varias puntas de flecha, lanceoladas, que actualmente conserva el Museo Arqueológico de la ciudad de Guayaquil. El Tcnel. Angel N. Bedoya Maruri reconoció en Quitoloma un taller de cantería, "el suelo tapizado de astillas y dos bloques desbastados en los que se ve claramente la línea de fractura de los pedazos. ¿Será éste un taller paleolítico o quizás más moderno, de los aborígenes que levantaron fortalezas en la región de Pambamarca (provincia de Pichincha)?

Prolija labor debió de haber sido la del tallador preagrícola dedicado a la fabricación de herramientas de obsidiana. Una observación detenida permite reconocer que aplicaba varios procedimientos para desbastar los nódulos, escamrlos, tallarlos para labrar buriles prismáticos, y poliédricos, puntas de proyectil, pequeños cuchillos unifaciales y bifaciales, taladros,

raspadores comunes, pequeñas sierras, tajadores o hendidores, cinceles, raederas, etc. En El Inga, el Profesor Bell encontró raspadores estriados y planoconvexos de tamaño grande. En ningún lugar se han hallado cuchillos de obsidiana de tamaño grande, como el que utilizaban los aztecas para sacrificar de un sólo tajo a sus víctimas.

Las armas ofensivas, entre éstas las puntas de proyectil no completamente acabadas, alternaban con los utensilios enumerados, aunque en proporción muy inferior, si bien dan idea del uso de que ellas hacían las bandas depredadoras de cazadores-recolectores. Mucho más escasas aún son las puntas de flecha y las lanzas, preciosamente labradas, que corresponden a los inventarios arqueológicos de las tres provincias nórdicas de la sierra ecuatoriana. El Inga, donde se hallara la formidable acumulación de tesoros líticos de carácter elemental, a que ya hemos hecho referencia, no proporcionó sino un poco más de un centenar de piezas que son puntas de proyectiles, entre enteras y fraccionadas, aunque como sensatamente repara el prolonguista de la obra escrita por el Dr. Bell, D. Carlos Manuel Larrea, es probable, casi seguro, que algunos ejemplares perfectos podrían "haber sido recogidos por casualidad, en tiempos coloniales y republicanos, sin sospecharse siquiera la importancia y el valor científico del hallazgo".

Interesante, como lo que más, es la semejanza de las puntas de proyectil de Cola de Pez de El Inga con las de las Cuevas de Fell, en la Patagonia. Algunas de las puntas de El Inga llevan espigas acanaladas, y las del extremo sur del Continente, según Bell, generalmente

no tienen esta particularidad. Unas y otras, por su antigüedad de 8000 a 10.000 años, corresponden a los pasos incipientes de la cultura en estas áreas andinas.

Para la elaboración de la variedad de utensilios y armas en obsidiana, el hombre prehistórico se adiestró en los procedimientos de percusión, de abrasión y de presión. Mediante el primero desprendía de los nódulos lascas grandes y pequeñas, navajas y cuchillos de agudas aristas que, en veces, necesitaban de retoques; por el segundo, raspaba o frotaba con un martillo de piedra de fuerte constitución los bloquitos de vidrio volcánico, para darle determinada forma, y la tecnología de presión aplicábase con el empleo de un percutor, generalmente un bloque de piedra extraordinariamente compacta, que alternaba con herramientas de madera recia o de astas, fijados en el extremo distal de un bastón o mango, instrumento con el cual se sometían a fuertes compresiones los nódulos de obsidiana. En muchos casos el labrado de la materia prima exigía una delicadeza extraordinaria, como en el tallado de espejos, hachas, diademas, cuentas de collar, puntas de flecha, etc.

El acervo común de cazadores - recolectores durante miles de años, no consiste sino en armas sencillas, dardos, hondas, lanzas, cuchillos y en objetos igualmente elementales de uso corriente: raspadores, punzones, buriles, protohachas de mano, escariadores o taladros, también de mano, etc., con ciertas variantes dentro del mismo tipo de objetos, quizá para darle una diferente función.

La mano del hombre que habitó en es-

tas zonas de clima alterno, seco y lluvioso, sin frío extremado ni calores enervantes; de ambiente en todo caso benigno, se educó para elaborar tales objetos en las etapas primitivas de la evolución humana, multiplicándolos según la necesidad, con heredada maestría.

Hablamos en líneas anteriores de variantes en el limitado acervo artesanal del paleoindio y de los períodos subsiguientes, ~~post-paleoindio~~, formativo, integración regional y desarrollo. De no haber siquiera algunas piezas diferentes los pequeños objetos utilitarios se repetirían uniformemente. En los raspadores, por ejemplo, hay variaciones: los de astilla proceden del estallido de los núcleos, a golpe de un cuerpo contundente, por lo general un martillo de piedra; los hay cóncavos, como resultado natural de la fractura, o por acción de la mano del hombre, que ahuecó una de sus caras o superficies; hay algunos de forma alargada que tienen una superficie rayada, formando canalitos finos; éstos reciben el nombre de *estriados*; los denominados *planoconvexos* -según Bell- son gruesos en su corte transversal, han sido astillados transversalmente y se caracterizan por tener un filo raspante grueso y chato"; a otro tipo de raspadores, el mismo arqueólogo los clasifica, por la similitud de su contorno con el de las hojas, de un modo particular con las del limbo angosto, con el nombre de "*raspadores de hoja*"; otros hay, en fin, tan delgados, tan filamentados, que parecen agujas, y a los que terminan en punta, llámaseles *punzones*.

En algunos raspadores son visibles ciertos aplanamientos; ya del borde, ya de las caras, por efecto de un destaje a golpe de cincel,

para facilitar su manipulación.

En fin, de diferente diseño son los raspadores de obsidiana, en los cuales por lo menos existe un filo que servía maravillosamente de cuchillo; los de tamaño pequeño y mediano son navajas, de uno o dos bordes biselados, no obstante lo cual no pueden ser otra cosa que una herramienta rudimentaria, utilizada para hender y cortar fibras, carne, astas y huesos de animales, y también piedras y pequeños fragmentos de roca, en una fase de la vida humana tan remota que se identifica con el albor de la primera cultura. Estas herramientas constituyen, por lo mismo, un patrimonio histórico invalorable.

Además de la obsidiana, los aborígenes americanos emplearon el sílex o pedernal, una variedad de cuarzo, para elaborar raspadores y otros utensilios, gracias a la dureza de su constitución y a la particularidad de fracturarse formando superficies curvas de bordes afilados. Los retoques se hacían manipulando un guijarro con cierta presión que permitía afilar los bordes. Esta operación debió de haberse ejercitado por los lapidarios muchísimo más en obsidiana que en sílex, pues el número de piezas encontradas de uno y otro material así lo indica, y en el mismo neolítico, no obstante la evolución cultural que se registra en ese período, evolución que, a través del tiempo, iba modelando un hombre nuevo, distinto del primitivo cazador-recolector.

Cada taller lanzaba al uso mangas de estos artefactos, de tipos no muy variados y, por lo común, sencillos, a la vez que extraor-

dinariamente útiles.

En las circunscripciones que fueron, hace millares de años, de acentuada ocupación humana, quedan todavía millares de utensilios que permiten apreciar la fisonomía del trabajo lítico en el remoto paleoindio, cuando el tiempo valía tan poco para los operarios. Esas herramientas y armas primitivas de obsidiana, pobres balbuceos de una concepción tosca forman mantos que espejean en el suelo, particularmente en las zonas marginales y en las erosionadas, mostrando formas comunes las más, entre ellas los raspadores con retoques a un solo lado o de una sola punta fila, si bien se ha llegado a encontrar artefactos más labrados, cual si fuera flexible el vidrio volcánico, y, ocasionalmente, no en la superficie del suelo sino en los fondos sepulcrales de tolvas y pozos, entre herramientas corrientes, muy conocidas, una que otra pieza de magnífica labor. En este rango figuran las puntas de flecha, las lanzas, y, como ya expresamos antes, los espejos, las más hermosas hachas y las diademas. El arqueólogo toma una a una las piezas labradas por la mano del hombre y antes de entrar en una prolija descripción de los objetos y de pasarlos al laboratorio, repara en las características del complejo cultural al que pertenecieron. Esta actividad, si abarca un amplio radio de investigación, compromete la intervención de un numeroso grupo de trabajadores especializados, a las órdenes de un arqueólogo profesional, que puede ir acompañado de otro u otros de su rango, a quienes generalmente secundan varios arqueólogos aficionados o principiantes, uno de los cuales, necesariamente, debe integrar la pla-

ta. Los auxiliares tienen la responsabilidad de supervisar las canteras de excavación, los pozos de sondeo, los bloques estratigráficos. El resto del personal comprende excavadores, debidamente seleccionados, anotadores, catalogadores, dibujantes y topógrafos, que levantan cuidadosamente los planos necesarios, con indicación precisa de los lugares, a más de los fotografías, y para los trabajos que requieran una busca de datos en los diferentes campos científicos auxiliares de la Arqueología, intervienen también antropólogos, antropometristas, paleontólogos, palineólogos, biólogos, arqueometristas, agrónomos, geólogos, etc. En todo caso el equipo explorador debe constar de un apropiado número de elementos eficaces provistos de instrumental adecuado; es decir, de herramientas y materiales apropiados para la excavación a mano y, además, de algunos instrumentos: pinzas, cribas, brochas, cepillos, cintas métricas, reglas, teodolitos, espuertas, triángulos graduados, escuadras de brazos, termómetros, etc.

Una vez recogido el material de los yacimientos culturales en la forma más amplia posible, previo un trabajo complejo y laborioso, que incluye estudios geográficos, hidrográficos, geológicos, climáticos, trazos topográficos, ordenamiento estratigráfico y dotación de estructuras, todo un enfoque pluridimensional, para que la documentación arqueológica sea lo más completa posible, pasa cuidadosamente al laboratorio, donde se lo limpia y examina y, de ser necesario, restaura. A esta labor siguen descripción y la interpretación de los objetos, la correlación estratigráfica, luego las comparaciones con otros de la misma circunscrip-

ción o de áreas vecinas y aún lejanas y, finalmente, la clasificación y ordenamiento como para que hagan mérito el trabajo cumplido.

Cuando el arqueólogo considera terminada la tarea, así de campo como de los laboratorios, redacta y publica los estudios, muchas veces escalonadamente, otras con el carácter de previos, y los que siguen los definitivos, fase ésta final que constituye un nuevo aporte en el dilatado campo de las investigaciones científicas y abre la marcha a nuevos descubrimientos.

INSCRIPCIONES RUPESTRES.- En lo alto de los páramos y cordilleras, en los ribazos de los ríos, en las explanadas que se dilatan al contorno de las montañas, en la roca de los Andes o sobre las grandes piedras desgalgadas de su contexto geológico o arrastradas por la corriente de los ríos, el cazador - recolector, primero, y después los hombres del neolítico en todos sus períodos, grabaron glifos representativos de la figura humana, de animales y de aves, o de parte del cuerpo de éstos, particularmente la cabeza, realista o estilizada, lo que también ocurre con las figuras completas; grabaron también la imagen de montes, ríos y otros elementos geográficos, así como cuerpos estelares; líneas en caprichosa disposición, figuras geométricas, tales como circunferencias, rombos, cuadriláteros, triángulos. No faltan figuras mitológicas y otras concepciones de la fantasía humana, de difícil interpretación.

El connotado investigador y científico monseñor Silvio Luis Haro Alvear, ilustra su valiosa obra intitulada "Shamanismo en el Reino de Quito", con petroglifos de Angochahua,

San Isidro y La Merced, de Angochagua, en los que se encuentran "representaciones del culto astral, de la serpiente cósmica, de la maternidad y del agua, y de los primeros instrumentos de caza y de agricultura".

En "El Culto del Agua en el Reino de Quito", del mismo autor, se reproduce un petroglifo de Socapamba, lugar situado al norte de la ciudad de Ibarra, en las proximidades de Yaguarcocha, donde se han levantado un medio centenar de tolas; aparecen en el petroglifo, según referencia de Monseñor Haro, "un signo yugal, martillo, arado, huicopa de guerrero, doble anzuelo de aire, figura del viento".

En el petroglifo de Valentín de Angochagua -visitado, lo mismo que los anteriores, en compañía del suscrito- halla dos figuras animalísticas, de la danta y del jaguar, y también "la tríada andino-amazónica y del agua".

En el cerro Cusín, alta prominencia que forma parte de un ramal que emite el nudo de Mojanda-Cajas hacia el norte y que remata en el Imbabura, del lado que se divisa desde la población de San Pablo del Lago, el arqueólogo otavaleño señor César Vásquez Fuller encontró glifos bien marcados, probablemente con buril de piedra, con representaciones, en su concepto, de los solsticios y equinoccios de verano e invierno.

Las referencias sobre glifos del área imbabureña son incompletas, pues nada se ha dicho con respecto a los grabados de la cordillera occidental, en el trecho que corre entre el volcán Cotacachi, al sur, y el Yanaurco, al noroeste; así del lado que mira al cuerpo central

de la hoya de Ibarra como del que cae a las quebras y torrentosos ríos de las zonas de Intag y Lita, por donde decurrió el hombre primitivo dejando inconstatables evidencias de su paso.

Tampoco se han hecho observaciones de las vertientes setentrional y meridional del Mojanda, una de las montañas de base más ancha del país, donde tomaron asiento civilizaciones conocidas como la de los Caras y la de los Incas, de las cuales la primera dejó abundantísimos testimonios culturales, habiendo sido precedidas, en millares de años, por hordas que grabaron las rocas con puntas de tipología paleolítica o neolítica, como si fueran hojas de un libro, dejando signos estelares e imágenes estilizadas de seres humanos, en distintas actitudes, y de animales y de cosas de la naturaleza.

Los indios de Caguasquí y de Quilca, según F.R. Gerónimo de Aguilar "en tiempo de la infidelidad, adoraban al cielo y a los cerros más altos y nevados...." ¿No habrán grabado ellos, en la pizarra de sus montañas, signos expresivos de sus creencias religiosas, hecho elemental del espíritu humano que en todos los grados de la cultura tiende a exteriorizar el aliento cósmico de que se halla embebido?

Realmente, falta mucha investigación para que se pueda hablar de un conocimiento siquiera aproximado de las raíces prehistóricas del pueblo imbabureño.